

## Iconoclasia en Mosul

---

CONTRAINDICACIONES.NET :: 07/03/2015

Hay numerosos argumentos para establecer una posición crítica contra el Estado Islámico, pero hacerlo desde una perspectiva de superioridad colonial no parece correcto

La reciente difusión de la destrucción, por parte de un grupo vinculado al Estado Islámico, de numerosas esculturas asirias pertenecientes a la colección del Museo de la Civilización de Mosul en Irak, ha despertado una ola de indignación, especialmente entre los medios occidentales. El primer ministro francés Manuel Valls ha condenado lo sucedido con cierto aire de patetismo que nos induce a pensar, dadas sus actitudes pasadas hacia ciertos grupos de población, que aprecia más unas piedras esculpidas hace 2700 años que el bienestar de quienes viven en los márgenes de la sociedad francesa. Asimismo, el Museo del Louvre, que desde que se ha transformado en corporación transnacional ha accedido a la categoría de sujeto de enunciación, ha manifestado su consternación por estos hechos que califica de bárbaros. En el comunicado institucional se hace mención a la situación trágica que le ha tocado vivir al pueblo iraquí, desde la intervención estadounidense se entiende aunque no se atrevan a explicitarlo, a lo que se añade esta pérdida cultural.

Lo cierto es que cuando la desgracia humana se producía, y se sigue produciendo, el Museo calla. Es sólo al lamentar la destrucción de unos antiquísimos artefactos, fetiches si se prefiere, cuando el templo de las musas se acuerda del sufrimiento del pueblo, se imagina por aquello de lo políticamente correcto. Resulta meridiano que al Louvre le conmociona el hecho, en todo caso de alcance limitado, de la posible desvalorización, en términos simbólicos pero también financieros, del tipo de activos, piezas artísticas, con los que negocia en un mercado global. ¿Y sí le da a todo el mundo por lo mismo? ¿Y si se le pierde el respeto al arte y a sus guardianes? Una auténtica catástrofe para la institución. Incluso el mercado se ha manifestado en una sobreactuación ridícula, convocando, el pasado 26 de febrero desde la organización de ARCO, un minuto de silencio en protesta por estos hechos.

Volviendo a los altavoces ideológicos del sistema, resulta alarmante que salvo alguna excepción, ningún medio masivo haya sido capaz de entender lo que ha pasado en Mosul. A pesar de la extensa cobertura que se ha realizado de la noticia en términos generales los análisis con un mínimo de profundidad brillan por su ausencia, como pudo suceder con la mayor parte de las informaciones que se vertieron en relación con la demolición de los Budas de Bāmiyān en Afganistán, en 2001, durante el régimen Talibán. Desde luego, no se trata aquí de empatizar con las formas de vida que proponen estos modelos teocráticos [Estado Islámico y Talibán] pero tampoco hacerlo con aquellos que desde Occidente mantienen una postura colonial de superioridad que les impide analizar con un mínimo de rigor este tipo de acontecimientos. En este punto hay que señalar que, precisamente, lo que se hace desde los medios no es otra cosa que propaganda de los valores occidentales frente a un enemigo cuya imagen quiere modelarse como amenaza, es decir como bárbaro que aguarda al borde de nuestras fronteras un momento de debilidad para borrar de la faz de la tierra cualquier vestigio de nuestra existencia, incluidos esos artefactos culturales que tanto adoramos. Y este es un mecanismo, el de la defensa de la cultura como receptáculo del

espíritu humano [si es que alguien puede explicar en qué demonios consiste y como puede pervivir hoy en día en nuestro contexto dicha noción idealista], dotado de un enorme potencial ideológico ya que el fetiche cultura resulta profundamente transversal en términos de sensibilidad política.

Desde luego parece que existen motivos más poderosos de crítica hacia el Estado Islámico que la destrucción de unas piezas milenarias, pero claro si se quiere que se extienda, de modo general, una imagen salvaje de aquél resulta más complicado convencer a cierta parte de la población con argumentos relativos a la centralidad de la religión en dicho estado. También entre los occidentales tenemos un número no poco importante de fundamentalistas religiosos, predominantemente en su versión cristiana, que ya les gustaría la imposición de una teocracia en nuestro entorno pero que, por el momento, tienen que conformarse con una más que destacable influencia.

En definitiva lo que se destila del tratamiento de la noticia es el viejo colonialismo que retorna como autoridad moral que inferioriza y, desde luego, no se preocupa por analizar posiciones otras, en este caso, en torno a lo cultural. Se dirá, simplemente, que no hay nada que entender, que la destrucción de las esculturas asirias sólo responde a la acción de unos vándalos en perfecta consonancia con la crueldad mostrada en sus ejecuciones cuyas imágenes han sido ampliamente distribuidas por Internet. El hecho de que, efectivamente, éstas últimas constituyan unos actos execrables no quiere decir ni que exista una conexión entre un acto y los otros ni que el Otro ostente el monopolio de la barbarie. A estas alturas no parece necesario sacar a colación los numerosos casos de torturas y asesinatos realizados por los aparatos policiales y militares de los estados demócrata-liberales, tanto en su propio territorio como en el exterior participando en operaciones bélicas de ocupación.

Por otra parte, la asignación del estereotipo del salvaje simplifica sustancialmente el problema cultural provocado por la destrucción de las mencionadas piezas. Ya que del bárbaro no puede esperarse otra cosa; mata, roba, destruye, viola... Lamentablemente si aceptamos acríticamente ese hatillo de prejuicios difícilmente entenderemos las motivaciones de los ejecutantes de este episodio de destrucción. Hay que decirlo sin más rodeos, lo sucedido en Mosul no es un acto de salvajismo sino un claro fenómeno de iconoclasia. Tal eje discursivo ha aparecido de modo muy marginal en los medios pero su manifestación en los mismos nos habla de la existencia de una resistencia, por muy minoritaria que ésta sea en el ámbito medial, ante las narraciones maestras suministradas por los *Sistemas Directivos*.

Cuando nos enfrentamos con los acontecimientos en clave interpretativa de iconoclasia de repente se aparecen los fantasmas de un pasado no tan remoto de la cultura occidental. Existe, como es bien conocido, una genealogía iconoclasta en el núcleo duro de la historia cultural de Occidente que, por otra parte, aún hoy permanece latente. Partiendo de la prohibición de producir imágenes, bajo amenaza de castigo divino, contenida en las tablas de la ley que, según el Antiguo Testamento, Yahveh dio a Moisés [No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas debajo de la tierra] puede rastrearse una larga tradición de sospecha y persecución no sólo de la imágenes sino también de los iconodulos, sustanciada asimismo por una herencia platónica que dictaba el exilio de las representaciones artísticas, temiendo su potencial persuasivo.

Los ejemplos son numerosos, desde las guerras iconoclastas bizantinas de los siglos VIII y IX hasta iconoclasia propia de la vanguardia histórica [heredera de ciertas posturas realistas decimonónicas] y diversos movimientos políticos y sociales de la primera mitad del siglo XX –animando a la demolición de los museos los primeros y procurando la efectiva destrucción de numerosas obras de arte desde posiciones ideológicas enfrentadas entre sí, y con intenciones y motivaciones radicalmente diferentes, en el segundo caso– cuyo legado se extenderá en los márgenes de una cultura oficial triunfante, después de 1945, que hará de la imagen no sólo una mercancía, sino también una forma de relación social y construcción de realidad. Pasando por el protestantismo, eje moral de la expansión del modelo individual-capitalista, en su versión calvinista que prescribió la prohibición de la idolatría y que destruyó numerosas imágenes, desatando la Beeldenstorm [Tormenta de las estatuas] en la Holanda de 1566 y otros episodios semejantes en otros puntos de Centroeuropa. Recordemos, del mismo modo, que en las ciudades europeas, ya sea por razones políticas o económicas, numerosos monumentos fueron destruidos incluso a lo largo del siglo XIX y del XX [y XXI, no olvidar la destrucción de museos iraquíes por las tropas yanquis], a pesar de aparecer precisamente en esa época lo que Aloïs Riegl denominaría, en 1903, *El culto moderno a los monumentos*.

En todo caso no se puede negar la existencia, dentro del marco de las sociedades occidentales, de una pulsión de demolición de la cultura, especialmente en los contextos donde ésta es percibida, desfondado ya el relato emancipador asociado a la categoría, como instrumento ideológico de dominio ya sea de carácter interno o imperial. Esto implica, por supuesto, una creencia, la del iconoclasta, en el poder de la imagen y de consuno una valorización de la misma en el territorio de la praxis vital. Ese, no obstante, no es valor que las instituciones culturales dominantes, entre otros museos y medios de comunicación, conceden a las piezas y documentos de cultura.

El museo moderno, según Boris Groys, es una iglesia que promete la salvación para las cosas pero no para las almas, no existiendo un más allá para las primeras. No hay proyección de futuro para las mismas, si alguna vez tuvieron una potencia vital, su encierro eterno en lo museal es la prueba de que nunca más perturbarán, en el caso de que lo hicieran en algún momento, el orden establecido. Quizás el Louvre lamenta la destrucción de las esculturas asirias de Mosul, no por lo que podrían afectar a la vida del presente sino más bien por lo que su desaparición nos dice de la eterna muerte de los materiales artísticos que celosamente guarda la mencionada institución y que llegaron allí fruto de la destrucción y el pillaje imperial, siendo mostrados en sus suntuosas salas sin contexto, sin vida.

En lo referido, por otra parte y como se ha señalado, a la narración medial de los acontecimientos en términos de vandalización no parece perseguir otro objetivo que profundizar en la construcción de imagen del Otro como salvaje, sin analizar las coordenadas simbólicas en las que se producen los hechos [aún en su más que presumible versión de simulacro], supuesta conjura de los efectos espirituales nocivos, y su vinculación con la genealogía occidental de la iconoclasia. Así, desde que Occidente, su imperio colonial, decidió que los bienes culturales deben ser preservados en su materialidad, impone dicha norma con carácter universal.

En todo caso, al parecer arqueólogos británicos han manifestado que del vídeo de la

destrucción, difundido por el Estado Islámico, se desprende que una buena parte de las piezas destrozadas son réplicas. Esto, sin embargo, no tiene mucha importancia en lo que se refiere al funcionamiento del mecanismo medial de estigmatización. Esto ya se vio cuando durante la I Guerra del Golfo se distribuyeron imágenes de un cormorán cubierto de petróleo, que con posterioridad se descubrió que habían sido realizadas con anterioridad al conflicto, para caracterizar a Saddam Hussein no sólo como sátrapa sino también como destructor del medio ambiente y, de ese modo, movilizar en su contra a las sensibilidades ecologistas occidentales.

Existen numerosos argumentos para establecer una posición crítica radical contra lo que representa el Estado Islámico, pero hacerlo desde una perspectiva de superioridad colonial, aprovechando la propaganda que éste ha puesto en circulación, simplificando los hechos y las motivaciones del Otro no parece ser una buena noticia para aquellos que no deseen estar incluidos en los consensos forzados que se imponen desde Occidente.

---

<https://www.lahaine.org/mundo.php/iconoclasia-en-mosul>